



Albert
Villaró **La Compañía
Nórdica**

DESTINO

La Compañía Nórdica

Albert
Villaró

Traducción de
Olga García Arrabal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1521

Título original en catalán: *La Companyia Nòrdica*

© Albert Villaró, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna edicions, llibres i comunicació, S. A. U.

© de la traducción: Olga García Arrabal, 2021

Primera edición: febrero de 2021

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

ISBN: 978-84-233-5873-1
Depósito legal: B. 21.495-2020
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

El correo de Talarn

26 de mayo, 1837

Tolosa

De cuando hay niebla y de cómo empieza todo — De las primeras providencias que debe tomar un voluntario improvisado

La niebla no nos ha abandonado desde que salimos de Albi. Espesa, ajena a la primavera, capaz de deslizarse dentro de la diligencia para inundarla de una luz lechosa. Los compañeros de viaje nos contamos todo aquello que se puede contar (es decir, vaguedades, mentiras inofensivas y lugares comunes). Fumamos en silencio y contemplamos la grisura del paisaje que vemos a través de las ventanas. Una señora que va a visitar a su hija pasa mil veces el rosario: cuando termina una vuelta, comienza de nuevo. Me recuerda a los burros que giran alrededor de las norias, y con cada vuelta que da siento que es mayor la tentación (pero no me atrevo) de decirle que ya está bien de tanta letanía piadosa:

—Señora, cállese, que ya nos ha salvado a todos de sobra.

Entramos en Tolosa por la puerta de San Esteban, casi de noche. Los dos soldados que montan guardia cierran el portal en cuanto lo franqueamos, venga, que aquí ya no tiene que entrar nadie más hasta mañana. La diligencia se detiene en la plaza del Mercado de la Madera. Final de etapa, de momento. Nada más perder

de vista a los demás pasajeros pago a un mozo para que arrastre mi baúl hasta una fonda de la calle Caussette. Me han dicho que en ese establecimiento no harán preguntas indiscretas ni me apuntarán en el registro, y así ha sido. Durante las primeras etapas del largo viaje —Dresde, Núremberg, Karlsruhe, Estrasburgo...— no he tenido ningún problema. Pero, a partir de Lyon, en los *gîtes* donde he pernoctado se han presentado agentes de la Ronde Volante pidiendo salvoconductos y visados, en busca (y eventual detención) de elementos sospechosos. Y yo, pese al pasaporte húngaro (falso), soy el sospechoso ideal. El ministro del Interior, el conde de Montalivet, ha ordenado a la policía blindar la frontera, que es desde hace años un colador de voluntarios católicos en defensa del pretendiente. En el fondo, al ministro y al rey Luis Felipe les da exactamente igual que los españoles se maten entre sí, pero lo que no quieren son quebraderos de cabeza en su propia casa.

Esta noche me va a resultar difícil conciliar el sueño, a pesar del cansancio que arrastro. Mañana empezará todo. Para combatir la amenaza del insomnio seguiré, aunque sea por una vez, el buen consejo de los jesuitas del Magdalenen, que me lo imponían casi a modo de penitencia: «Escriba usted un diario, joven Wilamovitz; le será muy útil como ejercicio de introspección y estímulo para la limpieza interior». Una muestra de disciplina, insistían, una herramienta idónea para canalizar las pulsiones más oscuras del alma.

A continuación voy a repasar la retahíla de argumentos que, desde hace un par de semanas, me acompaña en la hora del recogimiento: «Ulrich, no puedes volver a casa sin haberte puesto a prueba, no puedes tomar el camino de regreso sin haber contribuido al triunfo de una causa que tiene todas las condiciones necesarias para fracasar. En defensa de un rey lejano, heredero de una gloriosa

dinastía, amenazado por los enemigos de la fe y de la santa tradición. ¿Acaso no está bien jugarse la vida por eso? ¿No es, por ventura, una demostración excelente de fortaleza de carácter? Los verdaderos héroes son los que pierden».

29 de mayo, 1837

Tolosa

De cómo se toman decisiones y se reciben amenazas, todo ello en el transcurso de un solo día

De Tolosa a la guerra. El último tramo del trayecto será el más difícil, y está bien que así sea. Desde hace varios días intento dibujar el futuro inmediato. Más que dibujarlo, que es una actividad que implica voluntad de artista, lo proyecto con el cálculo del ingeniero. Ha llegado el momento de tomar decisiones reales y de no volver a vivir de fantasías. Hasta ahora todo ha sido una pura abstracción: me iba a la guerra. Ahora habrá que concretar: escoger en qué cuerpo del ejército podré ser de mayor provecho o encajar mejor (si es que tal cosa es posible). Los compañeros de armas prusianos que me han precedido en esta cruzada —que son muchos más de los que nunca hubiese sospechado— han seguido caminos diversos y divergentes. Puestos a elegir, preferiría no encontrármelos. No por ningún motivo en especial, sino por subrayar el carácter estrictamente personal de mi apuesta y por no apoyarme en la cómoda solidaridad entre compatriotas.

En la oficina de correos de la calle de Santa Úrsula está la *poste restante*. Antes de salir de casa, acordé con mi primo Aloysius que, si alguna vez tenía noticias que yo hubiera de saber, me hiciese llegar un breve a Tolosa.

Teniendo en cuenta el hecho de que los correos avanzan al doble de velocidad que la de un viajero convencional, quizá me encuentre con alguna comunicación urgente que, en el mejor de los casos, tendrá dos semanas de antigüedad. Y sí, desde luego que hay una: mi primo me hace saber que los hermanos del malogrado Franz Ambrosius Weisz han descubierto (o investigado o deducido) que el responsable de su muerte —es decir, yo— ha huido como un cobarde. En consecuencia, se han conjurado para vengarse y han abandonado Breslavia a toda prisa para buscarme, aunque ello los obligue a ir hasta la otra punta del mundo.

El coronel Arriaga trabaja en una agencia secreta que ocupa un pisito humildísimo cerca de la catedral de San Sernín. El viejo oficial, demasiado baqueteado para el servicio activo, es el encargado de recibir a los contingentes extranjeros, con la misión de separar el grano de la paja, de concretar las primeras providencias y orientarlos en el camino que han de seguir, a mayor gloria de la santa causa del pretendiente. Y, además, procura evitar que anden como vaca sin cencerro por la ciudad y que acaben protagonizando algún incidente con la policía secreta, que tiene agentes desplegados por todos los burdeles, hoteles y cafés de Tolosa. El coronel me recibe con una amabilidad exquisita. Me ofrece un asiento, un cigarro y una copita de brandi malo, mientras lee en voz alta la presentación del general Altnikol. El coronel Arriaga tiene un discurso preparado que suelta a todos los voluntarios, que es de reconocimiento por el compromiso y el sacrificio, y que pronuncia cada vez que se le presenta la ocasión con mucha convicción:

—Joven, ahora os incorporaréis a una noble oleada de hombres de honor, defensores de la fe. Os habéis unido al camino que han seguido centenares de caballeros prusianos, bávaros, austríacos, franceses, daneses, suecos, ingleses, helvéticos, bohemios, irlandeses, etcétera, indi-

ferentes a las incomodidades y a los peligros de la guerra. Católicos, apostólicos y romanos, herederos de linajes prominentes o jóvenes ambiciosos con afán de aventuras. Todos realizáis un servicio excelente a la causa: la presencia de un oficial extranjero da prestigio a un batallón y la codician los generales. Nos gustan los forasteros que aportan savia nueva, técnicas y conocimientos que son de gran utilidad en estructuras que, ay, son más bien conservadoras, por no decir rancias.

Volviendo al meollo del asunto, comenta que no tendré ninguna dificultad para incorporarme a la unidad que desee. Pero tengo que decidirme. Como no me esperan en ninguna parte, seré bien recibido en cualquier sitio. Hay dos opciones. Si quisiera ir al ejército del norte, a las órdenes del general Maroto, tendría que viajar hacia Pau y, desde allí, pasar a Biarritz, donde me organizarían el traspaso de la frontera. Esta es la vía que debo escoger si tengo intención de acercarme a las glorias y misterios de la corte real, que es itinerante, pobre en recursos y volátil en efectivos. Un joven oficial como yo, dice, con estudios, idiomas y un poco de presencia, tiene muchas oportunidades de ascender en el escalafón y terminar quién sabe dónde, porque la oficialidad autóctona es vehementemente de espíritu pero corta de entendederas.

Y los ejércitos españoles cuentan con una gran tradición en la incorporación de oficiales foráneos. La guerra contra Napoleón, el tirano corso, está repleta de ejemplos, afirma, y me recita la letanía con los héroes habituales. O'Donnell. Lacy. Blake. Wittingham. Gauthier. O'Neill. Von Bibereeng. De Meer. Reding. Coupigny... En contrapartida a los muchos atractivos que ofrece el ejército del norte, debo tener en cuenta que el entorno del rey es un verdadero nido de víboras donde los aduladores, los conspiradores y los arribistas sin escrúpulos compiten para obtener el favor del monarca y consiguen marginar a los elementos más valiosos. El séquito real —se since-

ra— no se distingue de una simple camarilla de tiralevistas. Pero tal vez es ese el ambiente que yo voy buscando, el caldo perfecto para aprender lecciones de vida sobre las debilidades humanas. Si es así, él no tiene nada que decir. Pero si lo que quiero es experimentar emociones fuertes, recuperar el espíritu audaz de los guerrilleros que doblegaron a los más intrépidos mariscales de Francia, está claro que me conviene ir a Cataluña. Es esa tierra de hombres indisciplinados pero valerosos, donde las mayores heroicidades son posibles. Sí, cierto, al lado de episodios frustrantes de desconcierto y un estado general de confusión, pero las chapuzas sirven para dar más gloria y relevancia a las proezas. Y no hay más opciones. El coronel me aconseja que lo piense con calma.

—La guerra es lenta, Ulrich. Ya hace seis años que dura, y seguro que durará seis más. O doce. No os precipitéis, pues hay decisiones que marcan toda una vida y esta es una de ellas. Puede que la que más.

Pero no lo he pensado mucho. Ni siquiera he fingido hacerlo. Ya lo sabía. De hecho, cuando hui de Breslavia ya lo tenía claro: cuanto más lejos de la corte, de los espías y de mis compatriotas, mejor. En las montañas catalanas no me encontrará nadie. Conozco vagamente el país, de resultas de una ya remota expedición de la universidad; tengo una percepción superficial de la geografía. Hablo —con todas las prevenciones— una versión simplificada del idioma propio, por pobre herencia familiar. Pero para acabar de decidirme necesito un empujón.

El coronel, que es un hombre perspicaz y percibe de inmediato que soy un indeciso, lo capta enseguida.

—Capitán Von Wilamovitz —dice, dándome unas palmaditas en la espalda—, yo no me lo pensaría dos veces. Hacedme caso e id al sur sin dudarlo. Olvidaos de la corte.

Recibo con alivio la sugerencia, como si fuese una orden. Hasta ahora, el ejercicio del libre albedrío no me ha

traído más que disgustos: a partir de este momento obedeceré a mis superiores y haré todo lo que me digan sin rechistar. Además, me exime y me libera de la preocupación de tener que elegir. Al final, si algo se tuerce, siempre habrá a quien echarle la culpa.

Una vez tomada la decisión, el coronel se ha dedicado a resolver los aspectos prácticos. El principal: ¿cómo voy a atravesar las montañas? Como todo en la vida, hay dos opciones y es preciso escoger la menos mala. O por Andorra o por Conflent. Puestos a elegir, me hace más gracia entrar por Andorra, el valle mítico del que había leído alguna referencia interesante en la célebre obra de Bentham el *Catalogue des plantes indigènes des Pyrénées et du Bas Languedoc*. Si el gran George hizo el esfuerzo de ir (y regresó), no veo ninguna razón de peso para no imitarlo.

El coronel me explica el procedimiento que hay que seguir como si fuese la cosa más natural del mundo. Le quita hierro.

—Oh, veréis, es una simple formalidad. La frontera está cosida y recosida por una red de contrabandistas que forma un ejército alternativo e invisible. En tiempo de paz trafican con lana, mohínos, pólvora y tabaco, pero con el estallido de la guerra han diversificado el modelo de negocio y lo han ampliado con el tránsito de militares. De ida, que son muchos, y de vuelta, ay, muchos menos —se lamenta—. Juegan al gato y al ratón con los aduaneros franceses, en un tira y afloja donde todo el mundo gana algo. Los contrabandistas tienen a su favor el conocimiento del país y la desidia congénita de los funcionarios, que se rigen por la abulia y las leyes del mínimo esfuerzo. Y al otro lado de la frontera, más de lo mismo. Los carabineros, que en teoría la blindan, son un hatajo de vagos, unos perfectos inútiles.

Semejante discurso me desconcierta. Nadie me había hablado de estas dificultades accesorias. Estoy dispuesto

a morir en combate y con honor, pero el tributo añadido a alcanzar la gloria a través de la clandestinidad me incomoda. El coronel me tranquiliza.

—Capitán, no os preocupéis. Me hago cargo de vuestras prevenciones. Os aseguro que la aproximación al destino forma parte inseparable de la odisea, y cuando pasado el tiempo lo recordéis, vuestro relato comenzará precisamente aquí. Hoy haréis noche en Foix. Aún es pronto y, si os dais prisa, incluso podréis tomar el coche del mediodía.